

LONDRES GAY

PETER ACKROYD

LONDRES GAY

Historia de la homosexualidad,
de los romanos a nuestros días

Traducción de Tomás Fernández Aúz

En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición impresa: octubre de 2018
Primera edición en e-book: diciembre de 2018

© Teo Palacios, 2018
© de la presente edición: Edhasa, 2018
Diputación, 262, 2^ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4707-4

Depósito legal: B. 10283-2018

Producido en España

Índice

1. En un nombre, ¿qué hay?	9
2. Una lengua roja y salvaje.	21
3. Un romance militar	45
4. El amigo	57
5. Nada de coños	61
6. ¡Que vengan los bailarines!	79
7. Suave y resbaladizo	97
8. Las fricatrices	111
9. Amamanta al amo	133
10. Lo de delante por detrás	151
11. Siempre húmeda	161
12. <i>Good golly Miss Molly</i>	181
13. Peleas de tijeras.	205
14. Mimosas muñequitas	223
15. Cabalga culos	247
16. Hombre-mujer (<i>Omi-palone</i>)	271
17. Maldito y acabado	293
18. Aullido.	321
Agradecimientos	351
Lista de ilustraciones	353
Bibliografía	355
Índice onomástico	365

Capítulo 1

En un nombre, ¿qué hay?*

Es curioso que un amor que no se atreve a pronunciar su nombre haya dado tanto que hablar. Si antiguamente se lo conocía como ese «*peccatum illud horribile, inter christianos non nominandum*» (“ese horrible pecado que no ha de mentarse entre los cristianos”), lo cierto es que desde entonces no ha dejado de suscitar debates ni un solo instante.

La voz «rarito»,** que en su día fue un término con el que se expresaba repugnancia, se pronuncia hoy como estandarte de una diferencia. En el mundo anglosajón, ha acabado convirtiéndose en la voz predilecta del discurso académico; hasta el punto de que los «Estudios *queer*» forman ya parte del currículo universitario.

La respuesta más adecuada a la pregunta ¿de dónde procede la palabra «gay»? es: «vaya usted a saber». Podría argumentarse que deriva de «gai», que en occitano antiguo significa «alegre»

* «*What's in a name? That which we call a rose By any other name would smell as sweet*» («En un nombre, ¿qué hay? / Aunque tuviera otro nombre, la flor llamada rosa olor de igual fragancia exhalaría»). *Romeo y Julieta*, Acto II, Escena II, 1-2. (N. del T.)

** «*Queer*» en el original, que también significa «marica». La propia comunidad homosexual optó por hacer suya la acepción de «raro» o «extraño» que tiene la palabra «*queer*», inicialmente despectiva, como se indica, dándole la vuelta y permitiendo esa utilización académica de la que se habla a renglón seguido. (N. del T.)

o «vivaz»; o de «*gaheis*», que es como se dice «impetuoso» en godo; o aun de «*gahi*», expresión franca equivalente al calificativo «rápido». Sea cual sea la lengua que elijamos, observaremos que siempre se emplea para apuntar a nociones asociadas con la diversión frenética y el sentirse como unas castañuelas. En inglés, la apelación «gay» se aplicó inicialmente a las prostitutas y a los hombres que andaban tras ellas. Decir que una muchacha tenía reputación de «gay» significaba invariablemente que estaba a la venta; las demás no eran en ningún caso «gais».* El sentido que se empezó a darle en el siglo xx, como sinónimo de relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, parece deberse a una invención estadounidense surgida en la década de 1940. El neologismo necesitó pasar por un largo período de incubación antes de abrirse camino y alcanzar las costas de Inglaterra. Ni siquiera a finales de los años sesenta del siglo pasado eran muchas las personas capaces de entender lo que quería decirse con la expresión «bar gay».

A partir del siglo xi, la voz «sodomía» se convirtió en un cajón de sastre que podía significar cualquier cosa. Se aplicaba a los herejes, a los adúlteros, a los blasfemos, a los idólatras, a los rebeldes...; en otras palabras, a cualquiera que perturbara el sagrado orden del mundo. Su sentido se asociaba asimismo con el lujo y la arrogancia, y periódicamente se vinculaba su práctica con la posesión de unas riquezas desmesuradas. Evidentemente, también se empleaba para catalogar a quienes cultivaban ideas diferentes, o no ortodoxas, sobre la naturaleza del deseo sexual, utilizándose en ocasiones como una acusación añadida a otros pretendidos delitos, como el de la penetración anal.

* Recuérdese que el sentido original de la voz «*gay*», antes de quedar superado por la connotación actual, era el de «alegre» o «festivo». (*N. del T.*)

En su origen, el término «bujarrón» («bugger») se aplicaba a los herejes, y muy especialmente a los que profesaban el credo albigenso, procedente de Bulgaria. Sin embargo, dado que una parte de ese credo condenaba incluso las relaciones sexuales dentro del matrimonio –y, de hecho, toda forma de emparejamiento natural–, la connotación de la palabra terminó rebasando el ámbito estrictamente religioso. La voz proviene del francés «*bougre*» («tipo», o «tipejo»), empleada comúnmente en la expresión «*pauvre bougre*», o «pobre diablo».

El sustantivo inglés «*ingle*», que significa «muchacho depravado» o «chico malo», se hizo célebre a finales del siglo XVI. ¿No debería haber una expresión inglesa que sostuviera que todo hogar ha de tener rescoldo?*

En el este de Londres todavía existe una calle denominada Ingal Road. La palabra «*pathicus*», como llamaban los antiguos romanos al miembro pasivo de la pareja, aflora a la luz del día en la Inglaterra de principios del XVII. Lo irónico del caso es que el amante pasivo no necesitaba ser excitado sexualmente, a diferencia del activo, que sí debía estarlo, y sin embargo solo se castigaba al «*pathicus*». La discriminación es aquí más social que sexual. La pasividad era una característica que se atribuía a las personas que seguían una senda propia, ya que la inactividad (sexual o general) constituía un desafío para las con-

* John Florio, amigo de William Shakespeare, escribe en su diccionario de inglés-italiano, *World of Words*, de 1598: «*ingle, a boie hired to sinne against nature*», es decir: «Ingle: joven al que se le paga para pecar contra natura». Hay arduas discusiones sobre el origen del término, que parecería provenir de una deformación del gaélico «*aingeal*», «brasa» o «ascua», que por asociación maliciosa con la voz inglesa «*angel*» («ángel») habría dado en significar algo así como «querubín ardoroso». «*Nook*» equivale a «rincón» o «lugar cálido y recóndito», razón por la que, convencionalmente, el «*inglenook*» es simplemente el «rincón de las brasas», es decir, la chimenea. Lo que hace aquí el autor es dividir en dos palabras un término perfectamente respetable como «*inglenook*» y sugerir maliciosamente que no estaría mal que en todo «rincón hubiera ascuas». Según algunas opiniones, la palabra castellana «ingle», como cálido rincón de la entrepierna, conservaría parte del sentido antiguo del término inglés. (N. del T.)

venciones grupales, una forma de desentenderse de los deberes sociales. Por eso el pasivo era como un lobo entre corderos.

El término «catamita» o «catamite»^{*} se acuña por la misma época en que se generaliza el uso de «*pathio*» («pasivo»). Por «pollito» («*chicken*») se entendía un menor, y de ahí la expresión «gavilán pollero» («*chicken hawk*») para aludir al hombre que va en busca de adolescentes. Este tipo de palabras podían existir y emplearse de forma clandestina durante décadas antes de empezar a circular de manera habitual, dado que, como es obvio, la actividad en sí todavía resultaba imposible de mencionar. El término jergal prototípico para aludir a todos los muchachos homosexuales es el relacionado con el joven y lampiño Ganimedes, que no solo aparece representado en muchas ocasiones con un gallito joven en la mano, sino que también recibe el nombre de «*kinaidos*».^{**}

En el siglo XVIII, se empezó a fijar la atención en los «bardajos», o «mariconas» («*mollies*»). «*Jemmy*», o «Jaimito»,^{***} es un diminutivo de «James», por Jacobo I de Inglaterra, cuyas inclinaciones eran más que célebres, aunque también existía un término menos habitual, que podríamos traducir por «conejeros» o «dantes» («*indorsers*»), ya que procede de la jerga boxística, en la que se denomina «golpe de conejo» el acto de vapulear la espalda de un adversario.

En el expediente penitenciario de un ratero encerrado en la prisión de Newgate se aconseja «dejar que esos conejeros se

* La palabra proviene de la expresión latina «*catamitus*», que a su vez es una deformación de la griega «Ganimedes»; como se sabe, un hermoso joven amado por Zeus. (N. del T.)

** La palabra κίναϊδος está formada por κινώ y αἰδώς. La primera significa «mover» y la segunda «vergüenza», de modo que κίναϊδος denota al individuo que avergüenza a otros con sus acciones, fundamentalmente por sus preferencias sexuales. (N. del T.)

*** Aunque también significa, en sentido despectivo (por exagerado), «pulcro», «aseado», «repeinado», y por ello sinónimo de «petimetre», «pisaverde» o «afeminado». (N. del T.)

entreguen a sus bestiales apetitos». Término menos brusco es el de «*fribble*», o «frívolo», sacado de un personaje salido de la pluma de David Garrick. De entre el resto de las voces empleadas en el siglo XVIII destacan las de «*madge*» (diminutivo de «Margaret»; «*windward passage*», como alusión fisiológica al amante del «paso de los vientos», y las más explícitas de «*caudlemaking*» (digamos, «soplaflautas»), o «*giving caudle*» («mete rabos»), ambas procedentes del latín «*cauda*», o «cola». * Era habitual identificar a los «mariposones» con expresiones como «jugadores de backgammon» ** o «caballeros de la puerta de atrás», dedicados unas veces a la ruidosa pasión del «maullido» gozoso («*catervauling*») y otras al acto del «*gamahuche*», *** es decir, de la felación (y que en este caso puede aplicarse tanto a hombres como a mujeres).

El afeminamiento siempre ha formado parte de lo que David Garrick y su personaje, el señor Fribble, denominaban la «*ooman nater*» («*human nature*», en jerga paleta). No era condición enteramente reservada a los «raritos», y de hecho también se aplicaba a los varones que amaban más de la cuenta a las hembras de la especie. En la traducción inglesa de la Biblia que publica John Wycliffe a finales del siglo XIV, la palabra «*effeminati*» se vierte con la fórmula «*men maad wymmenysch*» («hombres locamente mujeriles»). **** Se los tenía por dados al exceso y

* Como es obvio, la traducción al castellano no siempre es viable ni obvia, de modo que en muchos casos se observará que procedemos por aproximación, aunque siempre con voluntad de exactitud. (N. del T.)

** La palabra «*backgammon*», además del juego, une las palabras «*back*» y «*gammon*», procedente del francés antiguo «*gambon*», aumentativo de «*gambe*», «pierna», y directamente relacionado con nuestro «jambón». Por consiguiente, con lo que juegan estos «jugadores» es con los «cuartos traseros». (N. del T.)

*** Expresión francesa derivada de «*gama ut*», el tono más bajo de la gama musical, en alusión al descenso a las zonas erógenas inferiores. (N. del T.)

**** Siglo y medio después, la Biblia de Ginebra (1560) sustituirá la palabra «mujeriles» por «sodomitas». La cuestión es importante, dado que, si bien «mujeriles» puede implicar la pérdida de un

cortos de mollera, por individuos blandos o débiles. Y para complicar todavía más las cosas, es posible que fueran incluso asezuados (eunucos).

No debe confundirse el término «afeminado» con «camp» («reinona» o «divina»), que implica la deliberada intención de entretener, llamar la atención o divertir a la gente. Los términos asociados con «reinona» o «musculoca» sugieren ostentación o exhibicionismo, y se supone que la palabra inglesa «camp» procede del verbo italiano «*campeggiare*», que significa «descollar», «sobresalir» o «dominar» (como el castellano «campear»). Y los más destacados «camps» eran posiblemente las «reinas» («*queen*» o «*quean*»; voz esta última que significa «mujer deshonesta» o «prostituta»). En un principio, la palabra se aplicó a las mujeres indecorosas o impúdicas, a las más audaces de su sexo, pero a principios del siglo xx empezó a emplearse asimismo para designar a las mariconas exageradas que trataban de mostrar más signos de feminidad que las mujeres mismas.

En 1869, un periodista húngaro llamado Karl-Maria Benkert acuñaba el término «*homoszexualitás*», convirtiéndose así en uno de los legisladores tácitos del género humano. Con todo, no se proponía establecer una distinción moral, sino sentar las bases de una clasificación. La cuestión andaba mucho más necesitada de un médico que de un sacerdote. Hay personas que todavía hoy acuden a depositar flores a la tumba de Benkert. Veintitrés años después de la invención de este nombre, Charles Gilbert Chaddock traducía la palabra al inglés, lengua en la

rasgo de identidad esencialmente masculino, no impone la transformación en otra identidad, cosa que sí hace en cambio «sodomitas». La traducción castellana contemporánea da un paso más y habla de hombres «consagrados a la prostitución» (I Reyes, 14, 24). Véase también Jeffrey Jerome Cohen y Bonnie Wheeler (comps.), *Becoming Male in the Middle Ages*, Routledge, Nueva York, 1997. (N. del T.)

que arraigó con fuerza, manteniéndose en uso hasta nuestros días. Havelock Ellis la juzgará más tarde un «bárbaro neologismo, surgido de una monstruosa mezcla del acervo lingüístico griego y latino», pero es posible que estuviera confundiendo la palabra con la cosa.

En 1918 le preguntaron a J. R. Ackerley si era «homo o hetero», pero no entendió lo que se pretendía saber. T. C. Worsley, otro conocido autor de memorias, recuerda que en 1929 la homosexualidad «seguía siendo un término técnico, y todavía no era plenamente consciente de sus implicaciones». Y en la década de 1950 los señores de cierta edad aún quedaban desconcertados al escuchar esa palabra. No accedería al *Valhalla del Oxford English Dictionary* sino con el suplemento de 1976.

En 1862 apareció otra expresión, en este caso en la obra de Karl Heinrich Ulrichs. Las voces «uraniano» o «uranista» derivan de la explicación que ofrece Platón en *El banquete* sobre el amor entre personas del mismo sexo, al calificar este tipo de relaciones con la palabra «ouranios» o «celestial». * (El significado literal de «ouraninos» es «el que orina» o «el meón», lo que abre una nueva vía de análisis.) Por muy celestiales que pudieran ser sus orígenes, el término no cuajó. ¿Quién querría que le llamaran «uraniano»? Parece el nombre de algún tipo de gnomo... La «uraniana» o «urninde» es la mujer homosexual, y la palabra «uranodionings» describe a los bisexuales.

* *El banquete, o del amor*, distingue dos clases de pasiones, inspiradas a su vez por las dos Afroditas existentes. El primero, regido por Afrodita Pandemos («de todo el pueblo», o popular), es un amor bajo y carnal que se ata «sin selección lo mismo a las mujeres que a los jóvenes, al cuerpo más que al alma», y según Pausanias es preciso evitarlo. El segundo amor se orienta a la inteligencia, pues «como la Afrodita celestial no nació de la hembra, sino solo del varón». Encuentra inspiración en Afrodita Urania, o celestial, se dirige a la inteligencia y al espíritu, además —o en lugar— de al cuerpo, se asemeja a la amistad profunda, y es «digno de ser buscado y honrado por todos». *El banquete*, 180e y sigs. (N. del T.)

También se encuentran otras nomenclaturas aún más raras, como las de «simisexualismo» o «amor homogénico», por ejemplo. Al «invertido» también se le descubrió a finales del siglo XIX, aunque es preciso señalar que la calificación no prosperó tanto como la de «pervertido».

En las heterogéneas filas de los hermanos y hermanas del amor homosexual también se utilizaban diversos eufemismos en los últimos años del XIX. Se preguntaba, por ejemplo: ¿Es serio? ¿Es eso? ¿Le va la *música*? ¿Le gusta el *teatro*? ¿Lo consideras *temperamental*? ¿Es *TBH* (es decir, *Is he to be had*; literalmente *puede tomárselo*)? Con esta misma intención tácita, en la década de 1930 podía procurar averiguarse si dos jóvenes «compartían piso» o no. Y entre las voces menos dadas al eufemismo podemos citar las de «hada», «alza camisas», «violeta», «nenaza», «depravado», «fuma puros», «soplador» («*poof*»), término este último que anteriormente había convivido con los de «soplón» («*puff*»), «gallinita» («*sissy*»), «María» (y de ahí, por su diminutivo, «marica» y «mariquita»), «aplasta mierda», «estruja culos», «muerde almohadas», y, en una equivalencia sacada de la jerga inglesa estadounidense y asociada con la noción de fragilidad, «colibrí».*

Los «*faggots*» eran los manojos de ramas y leños** que se apilaban para formar las piras en las que se quemaba vivos a los que

* «*Faggot*» y «*fag*» en el original. El segundo es simplemente la forma apocopada del primero. Ambas voces derivan de un término anterior que se aplicaba desdeñosamente a las mujeres (en torno al año 1590). El significado literal surge por asociación con la palabra francesa «*fagot*» o «haz de leña». El vínculo semántico, mucho más que por el hecho de que el «*fagot*» sirviera para iniciar el fuego en una chimenea, como apuntan algunas explicaciones, alude a lo incómodo que puede ser llevar una brazada de ramas (lo que lo conecta con el despectivo sentido figurado de «lastre»). Además, es posible que esta utilización de «*faggot*» se viera reforzada en Estados Unidos por su semejanza fonética con la palabra que usaban las comunidades yidis para denominar al «homosexual»: «*faygele*», que literalmente es «pajarito». No obstante, a renglón seguido el autor da otra explicación. (N. del T.)

** Cabe especular con la eventualidad de que la voz genérica «tronco», que no se usa específicamente en los ambientes gays, surgiera en su día por asociación con «*faggot*»/«leño» y rebasara más tarde los límites de la comunidad gay. (N. del T.)

eran acusados de sodomía. O esa es al menos una de las versiones de su origen, ya que también podría derivar de los escolares esclavizados que se veían obligados a cumplimentar ciertos deberes para los directores de sus colegios. Otras palabras complejas parecen haber salido de la nada. En el siglo XIX, un «pato» («*dangler*»^{*}) era una persona que fingía sentir atracción por las mujeres, pese a que en realidad le gustaran los hombres.

De entre las variantes femeninas empleadas para denominar la pasión homosexual pueden destacarse las de «sáfica» (en referencia a la incomparable poetisa Safo de Mitilene, que vivió toda su vida en la isla de Lesbos y mantuvo en alguna ocasión relaciones sexuales con sus discípulas) y «lesbiana», término este último surgido en la década de 1730. A principios del siglo XX era frecuente apocopar en el mundo de habla inglesa la voz «*sapphist*» por «*sapph*». También existen alusiones a las «tríbadas» o «practicantes del tribadismo»^{**} sacadas de fuentes tanto griegas como latinas. Están también la «*fricatrice*», la que frota, y «*subigatrice*», la que «excava un surco». En la Inglaterra del siglo XVIII se usaba la palabra «machorra» («*tommy*»^{***}), y la primera mención conocida se encuentra en la *Sapphic Epistle* de 1777. Todavía pueden escucharse expresiones como «camionera» («*butch*»), «hembra» («*femme*»), «almejera» («*dyke*»), «marimacho» («*bull-dyke*») y «almeja lenta» («*diesel-dyke*»).^{****}

* De origen incierto, parece surgir a finales del siglo XVI con la intención de señalar simbólicamente cualquier cosa que anduviera suelta y se moviera de forma pendular, por influencia de las voces «*dangle*» y «*dangla*», danesa y sueca, respectivamente, que significan «colgar» u «oscilar». (*N. del T.*)

** Del verbo griego antiguo τριβω, «frotar», que ya entonces designaba al acto por el que una mujer restriega sus órganos genitales con los de otra mujer. (*N. del T.*)

*** Habitualmente «soldado» en inglés, por asociación con el nombre de «Thomas Atkins», que era el que solía emplearse para rellenar los formularios del ejército con una denominación falsa. (*N. del T.*)

**** «*Butch*»: «tipo duro», surgida probablemente como abreviatura de «carnicero», adquiere el sentido de «lesbiana agresiva» en torno al año 1940; «*dyke*»: voz jergal para la «vulva»; «*bull-dyke*»:

La utilización de la palabra «rarito» («*queer*») es signo de resistencia y señal de que la persona se niega a recurrir al neologismo clínico de «homosexualidad», ideado, como ya hemos visto, por Karl-Maria Benkert. «*Queer*» admite además un empleo desligado del género (sería como utilizar «*rarity@*»). Se trata de una voz acomodaticia, y así habremos de valernos de ella en este estudio. No obstante, esta decisión no nos impedirá recurrir a otros términos, como «gay», siempre que parezcan revelarse más adecuados o encajar más cómodamente en el contexto. En caso de emergencia, puede resultar útil emplear la palabra «homoerótico», otra expresión que ha acabado refugiándose en nuestro siglo, tras sobrevivir al anterior. También podría ser necesario echar mano del acrónimo «LGBTQIA»: Lesbiana, Gay, Bisexual, Transexual, *Queer*, Intersexual, Asexual.

Queda claro, por tanto, que las personas *rarity@s* surgen a lo largo del espacio-tiempo, y que todas ellas y sus tipos poseen una historia diferencial, sean de uno u otro género. Por consiguiente, habrá quien juzgue que este libro constituye una narrativa «*queer*», pero cuando más *rarity@*, mejor.

asocia «*bull*», «toro», con «*dyke*», «vagina», y designa a la lesbiana de acusadas tendencias masculinas, se la observa por primera vez en 1926. Véase <https://www.etymonline.com/>

Capítulo 2

Una lengua roja y salvaje*

Apenas ha quedado constancia alguna de lo que sucedía en el Londres anterior a los romanos. Sin embargo, tal vez podamos tratar de vislumbrar los perfiles que se insinúan en la supuesta luz crepuscular del mundo celta y detectar así alguna pasión extraña. Existe la hipótesis de que el nombre de la ciudad misma tiene origen céltico. No es preciso forzar en exceso la imaginación para conceder que los varones de estas tribus primitivas mostraban, según ellos mismos confiesan, un comportamiento y un carácter extremadamente activos, revelándose capaces de arrancar de cuajo el corazón de un venado sin dejar de golpear al mismo tiempo con la otra el tenso cuero animal que recubría sus tambores. De hecho, muchos de sus cabecillas acostumbraban a vestir ropas femeninas y a imitar en sus ritos ceremoniales el orgasmo de las mujeres y los dolores del parto. Ya Aristóteles tuvo ocasión de señalar que los celtas «juzgan abiertamente honrosa la defensa de una vehemente amistad entre varones». Para referirse a esa pasión, el pensador griego emplea

* Título de una obra de F.J. Atkinson, publicada en 2013: *The Red and Savage Tongue. A Tale of Ethnic Cleansing in the Forests of Fifth Century England*. Como se verá, la obra responde a la categorización de un historiador de ese mismo siglo. (N. del T.)

la palabra «*synousia*», cuyo significado literal remite a la idea de «estar junto a alguien» o a la de «ser de la misma naturaleza que otra persona», aunque en un contexto más vulgar aludiría al acto sexual. Los celtas eran célebres por su tez morena y sus rizados cabellos, igualmente oscuros, que lubricaban preferentemente con aceite. «Llevan el pelo largo», explica Julio César, «y se afeitan todo el cuerpo, salvo la cabeza y el labio superior». Cualquiera puede verlos hoy mismo caminando por las calles de Londres.

Estrabón, el filósofo y geógrafo griego, declara que los jóvenes celtas «prodigaban sus juveniles encantos». Diodoro de Sicilia, que vivió prácticamente por la misma época que el autor anterior, comenta en su historia universal que los celtas apenas prestaban atención a sus mujeres, pero que siempre se mostraban ávidamente dispuestos al abrazo de otro varón. Diodoro deja constancia de que se consideraba una vergüenza o una deshonra que un joven celta rechazara los avances sexuales de un hombre adulto. Estos tenían la costumbre de tenderse sobre la piel de un animal con dos mozos a cada lado. Ateneo de Náucratis repite esta misma observación, pero es posible que se estuviera limitando a transmitir una historia picante aplicable tanto a los pueblos celtas como a los germánicos. Sin embargo, en vez de hablar de pueblos «celtas» o «germánicos» sería mejor estudiar de forma individualizada a las diferentes tribus, muchas de las cuales hunden sus raíces en el período mesolítico, pero se trata de una cuestión inmersa en una situación sumamente confusa. Lo único que está en nuestra mano hacer es especular acerca de las actividades que quizá se llevaran a cabo en esos siglos, no indagar en los orígenes.

En el siglo IV, Eusebio de Cesarea señaló que en el seno de las tribus había jóvenes más que dispuestos a casarse con otros

de su mismo sexo, ateniéndose además a las costumbres de su propia comunidad. Bardesano de Edesa dejó constancia escrita de que «los jóvenes agraciados se comportan como esposas de otros hombres y celebran banquetes matrimoniales». Sexto Empírico sostiene que entre el pueblo germánico la sodomía «no se consideraba vergonzosa, sino un hábito consuetudinario». Por fortuna, en este caso, todas las fuentes coinciden en señalar lo mismo.

En una cultura de carácter predominantemente militar, la presencia de muchachos de hermoso físico no era algo extraordinario, y la enorme frecuencia de las referencias a su belleza sugiere que una parte nada desdeñable de la población asumía un papel sexualmente pasivo durante la transición a la edad adulta. No obstante, los esclavos, el clero y cuantos no aspiraban a recibir honores militares también se sumaban a estas prácticas. Por consiguiente, si nos atenemos a las pruebas que nos ofrecen los eruditos, no solo no resultaba en modo alguno difícil optar por alternativas relacionales distintas a las de la procreación convencional, sino que dichas alternativas gozaban de una gran demanda. Esta es una constante que habrá de mantenerse a lo largo de toda la historia de Londres.

En el Londinium romano nos movemos sobre bases perfectamente documentadas. Además del ladrillo y los mármoles, los conquistadores trajeron consigo sus costumbres sociales. En los primeros tiempos había dos calles de gravilla que corrían paralelas al río en la colina de Oriente. Y en el barrio noroccidental de la ciudad se levantó un campamento militar. A su alrededor, las tabernas y los burdeles crecían con la espontánea pujanza de las malas hierbas. Por esta época, Londres era un asentamiento relativamente nuevo, y por ello estaba más abierto o más expuesto a importar prácticas e influencias igualmen-

te novedosas. Cuando finalmente se transformó en una ciudad propiamente dicha primero, y en capital de una región después, sus proporciones adquirieron una magnitud tremenda. También pasó a ser una urbe rica, repleta de comerciantes y hombres de empresa (conocidos como *negociatores*), y no hay duda de que ni unos ni otros se limitaban a comprar artículos: también pagaban por el disfrute del cuerpo de otras personas. Es uno de los pocos asentamientos del planeta que, además de iniciar su andadura histórica como ciudad, ha sabido conservar siempre esa condición, con todas las complejidades mercantiles y económicas que conlleva una evolución de ese tipo.

La vida urbana se desarrollaba en esta época a la manera romana. La más difundida práctica del amor entre personas del mismo sexo es la que se observa en la relación entre el amo y el esclavo, o entre un adulto y un muchacho. Visto lo visto, podríamos traducir la significación del equilibrio de fuerzas diciendo que el miembro pasivo de la pareja carecía de todo rol político. En una ciudad que en esencia era una verdadera ciudad-estado, dotada de un gobierno independiente, las diferencias de posición social resultaban notablemente relevantes. Únicamente los activos podían ejercer la dominación. La sexualidad no es un electrón libre de la sociedad, sino que es esta la que la define y embrida. Los ciudadanos romanos podían violar a los soldados que resultaban vencidos en el campo de batalla. En otras ocasiones se prefería penetrar con «rábanos» a los derrotados. Podría tenerse la impresión de que semejante prueba no debía de resultar excesivamente dolorosa, pero lo cierto es que en el sur de Inglaterra el «rábano blanco, largo y con forma de carámbano» siempre ha presentado longitudes no inferiores a los quince centímetros.

En esta época no se condenaban ni la pedofilia, es decir, la relación sexual con niños, ni la pederastia, que reproduce

esta práctica con los adolescentes. Por el contrario, los amíos entre dos hombres libres no solo no se consideraban deseables, sino que eran objeto de censura, lo que, evidentemente, no significa que no se produjeran. Ahora bien, si a un adulto se le acusaba de esa *infamia* podía despojarse de sus derechos civiles.

En el corazón de una ciudad tan ajetreada como Londinium existían numerosas ocasiones para la práctica del sexo, debido a la existencia de diversos *lupanaria* (palabra que significa «guaridas de lobos» y que equivale al «lupanar» de la lengua española), *fornices* («prostíbulos») y *thermiae* («termas»). Las casas alegres resultaban muy caras, y no hay duda de que contaban en gran medida con el mecenazgo de los administradores llegados de Roma y de los aristócratas romano-británicos. El acceso a los burdeles de clase baja podía no contar con más intimidad que la de unos simples cortinajes, tras los cuales se abrían otros tantos cubículos. Las casas, hechas de madera por regla general, tenían el techo de paja, y el interior aparecía pintado con estucos de brillantes colores. Todo el mundo sabía que en las *palaestrae*, es decir, en los centros deportivos dispuestos en muchos casos dentro de las termas, se podía ligar con gran facilidad.

Pero también podía anunciarse abiertamente el comercio carnal, para deleite de los viandantes que acertaran a pasar por allí. En ocasiones, el prostituto de turno optaba por plantarse frente a su propia caseta, o «celda», aguardando a la clientela. Pero también podía merodear por los alrededores de una taberna, una casa de huéspedes o una panadería. El puto en cuestión era a veces de baja extracción social, aunque también existía la posibilidad de que se tratase de un forastero o un esclavo. Tanto a los individuos carentes de libertad como a los extranjeros apresados se les desembarcaba en los solares abiertos en las inmediaciones de

los principales muelles, conocidos como «tierra romana», pudiendo ser vendidos inmediatamente allí mismo. Existían «tierras romanas» en los amarraderos de Dowgate, Queenhithe y Billingsgate, así como en la zona que hoy ocupa la Torre de Londres. Los chaperos eran muy valorados, dado que resultaban muy rentables para el fisco, que se nutría de sus ingresos; tanto es así que hasta se asignó un día de fiesta específico a la profesión.

Minucio Félix, un apologeta romano del cristianismo, afirmaba que la homosexualidad era nada menos que «la religión de Roma», confirmando así las anteriores tesis de Taciano, un estudioso asirio del siglo II, que sostenía que los romanos «tenían en la más alta estima» la pederastia. Se consideraba que constituía una práctica admirable, y desde luego es indudable que la actividad era tan común en Londres como en Roma. Su constatación apenas suscitaba observaciones o comentarios, del mismo modo que tampoco levantaban suspicacia alguna las «hermas» o pilares de piedra instaladas a manera de hitos en los más importantes cruces de caminos o calles. En ellas se representaba frecuentemente a Hermes con el pene en erección, y a veces aparecía únicamente el falo. Nunca se ha insistido suficientemente, debido quizás al pudor de los clásicos, en el hecho de que Roma fuera una sociedad marcadamente falocrática. El culto al miembro viril no encuentra igual en ninguna otra parte del mundo, salvo en algunas regiones de la India.

En la historia griega, una de las primeras descripciones del varón raro —que guarda una cierta relación con las características de su congénere romano, o incluso inglés— es la que figura en una obra anónima titulada *Physiognomonica* (c. 300 a. C.), en la que se indica que estos hombres tienen «la mirada vacilante y acostumbran a ser patizambos; tienden también a llevar la cabeza inclinada a la derecha; gesticulan con las palmas de las

manos vueltas hacia arriba, manteniendo al mismo tiempo flojas las muñecas. Dos son sus estilos de marcha, pues si bien unas veces contonean las caderas, otras se revelan capaces de controlarlas. Es proclive a dirigir la vista en todas direcciones». En Roma y Londres se les denominaba también *homo delicatus*, y según comenta Escipión en 129 a. C., acostumbraban a «perfumarse a diario, a vestirse delante de un espejo, a llevar las cejas arregladas y a salir a la calle con la barba perfectamente afeitada y los muslos depilados». Eran personas de carácter dulce que caminaban con paso menudo y tenían la voz chillona o un deje ceceante. Preferían vestirse con telas de color violeta o púrpura a llevar simples ropas blancas, aunque también les encantaba el verde pálido y el azul cielo. Solían llevar la mano en jarras sobre las caderas, y si tenían que rascarse la cabeza lo hacían con un solo dedo. En la exposición que hace acerca de Gran Bretaña en su biografía de Agrícola, Tácito afirma, en el siglo I d. C., que «los bárbaros también aprendieron a mostrarse tolerantes con los vicios asociados con la seducción». El mismo autor nos explica también que los romano-británicos no tardaron en imitar la vida licenciosa y las locuras de sus amos. En su ignorancia, añade, lo llaman «civilización», pero en realidad «forma parte de su servidumbre». El Nuevo Londres se convirtió en espejo fiel de la Roma clásica.

Los autores clásicos toman detallada nota de los elementos de afeminamiento ligados con la vestimenta, como queriendo afirmar que uno es lo que se pone. Ambos sexos llevaban un manto hecho de lana muy suave, pero los muy machos le veían una connotación particular. Otro signo de singularidad viril era calzarse unas botas de cuero blanco hasta la rodilla o los gemelos. Los hombres un tanto «diferentes» vestían prendas teñidas con azafrán. Se consideraba afeminado ponerse en la cabeza un

tocado «oriental» parecido a un turbante, y lo mismo sucedía si un varón utilizaba en la calle unos «zapatos blandos» diseñados para el interior de las casas. Se juzgaba inapropiado llevar sandalias sujetas a la suela con tiras de cuero, y otro tanto ocurría con los chales finos o los velos. Se pensaba asimismo que no era suficientemente masculino vestir ropajes largos y sueltos, como las túnicas que llegaban a los tobillos, máxime si no iban ceñidas por un cinturón. Los tatuajes resultaban igualmente sospechosos. Hubo un tiempo en el que se creyó que las tumbas que contenían joyas debían de albergar a algún personaje femenino, pero hoy ya se ha desvanecido esa cómoda y convencional ilusión. En la actualidad ha quedado claro que los hombres llevaban pendientes, anillos y collares (conocidos como torques). Se ha descubierto en Londres una imagen de Harpócrates: aparece representado en forma de un dios adolescente y núbil engalanado con una cadenilla corporal de oro, un adorno que en períodos anteriores únicamente exhibían las diosas.

Sin embargo, los hombres no constituyen más que la mitad de la cuestión. Algunos eruditos clásicos han revelado que en algunos textos legales se alude al hecho de que dos o más mujeres se acuesten juntas o mantengan incluso una relación más duradera, sea de manera temporal o permanente. Además, a las pruebas del anticuario pueden sumarse los hallazgos del arqueólogo. En la calle Great Dover de Londres se han encontrado los restos de una gladiadora. El esqueleto yacía en el barrio de Southwark, en el que tenían su última morada los marginados sociales de los tiempos de los romanos. La mujer apenas rebasaba la veintena. Uno de los objetos con los que fue enterrada es una lamparilla en la que aparece labrado un luchador caído en el circo. Y entre otros tesoros funerarios destaca la presencia de varias ramas de pino (*pinus pinea*), algo que solo ha podido

encontrarse, aparte de aquí, en el gran anfiteatro del Londres romano, en el que se empleaban para disimular el olor a humanidad que flotaba en el ambiente.

A pesar de no contar más que con una posición social extremadamente desfavorecida —propia de un paria—, la joven parece haber atraído la atención de un grupo de acaudalados admiradores, y podría ser una prueba del fervor popular que despertaban los contendientes más osados. En el mundo clásico se tiene constancia de la existencia de otra gladiadora, y las fuentes nos refieren los hábitos y costumbres por los que se regían. Hay un gran número de alusiones a estas combatientes, y a veces se organizaban torneos en los que las mujeres se enfrentaban a partidas de enanos. Un relieve en mármol que actualmente se encuentra en el Museo Británico muestra a dos mujeres armadas y listas para entrar en liza.

En cuanto a su sexualidad, si es que la ejercían, todo son conjeturas. «¿Cómo puede tenerse por decente a una mujer», escribe Juvenal, «que embute la cabeza en un yelmo, negando así el sexo con el que vino al mundo?» Podría haber aquí, no obstante, un nuevo vínculo con Londres. Petronio habla de una mujer *essedaria*, es decir, de una gladiadora que luchaba en un carro britano,* lo que resulta decididamente muy extraño. Las fuentes clásicas también señalan que en Inglaterra las mujeres eran tan altas y fornidas como los hombres. En una antigua necrópolis situada bajo la calle Rangoon, en la City londinense, se han encontrado los restos de dos mujeres de veintitantos años, acurrucadas juntas en el sepulcro. Ambas son relativamente fuer-

* Este tipo de gladiadores aparecen mencionados en la *Guerra de las Galias* de César, durante la campaña contra Casivelono, librada en Gran Bretaña. El nombre proviene de *essedo*, el carro de las ruedas que usaban britanos, galos y belgas. (*N. del T.*)

tes y tienen piernas y pies marcadamente sólidos. Es posible que estuvieran acostumbradas a acarrear pesadas cargas, ya fuera en la construcción o en algún otro oficio. A orillas del Támesis, en Bull Ward, se ha descubierto otra tumba común de dos mujeres. Una de ellas es bastante mayor que la otra, y murió tras recibir un golpe en el cráneo. A su lado yacía una chica mucho más joven y de menor estatura, ya que apenas llega al metro cuarenta y cinco. Tal vez fuesen hermanas, pero también podrían darse otras circunstancias.

Conviene señalar que los varones que luchaban como gladiadores se ponían muchas veces nombres afeminados, como Jacinto y Narciso, y parece más que probable que entre sus admiradores hubiera al menos tantos hombres como mujeres. Iban vestidos de una manera despampanante, con túnicas cubiertas de borlas y bordados de oro, luciendo además unos brazaletes sumamente recargados. La explicación del porqué de las inscripciones elaboradas en su honor admite de forma verosímil la motivación homoerótica. A veces realizaban giras por Inglaterra, como si se tratara de una banda de actores. De entre los numerosos objetos que se han encontrado en Londres, destaca la abundante cantidad de estatuas, lámparas y calderos de cobre que llevan la imagen de Hércules (de hecho, incluso han aparecido pendientes con su efigie). Lo más característico es que aparezca representado desnudo y sin barba, con el corto y liso cabello que acostumbra a considerarse «céltico». Sostiene la habitual clava o maza en la mano derecha, pero en uno de los artefactos hallados en Walbrook tres cupidos se encargan de sostenerle el arma. En cualquier caso, para algunos habitantes de Londres era, sin duda, un héroe divino.

Con todo, la divinidad también presenta un rostro distinto. A principios del siglo IV, la sombra de la cruz se abatió sobre

Londinium. Por más que el cambio a la fe cristiana no se produjera de forma inmediata, lo cierto es que sí tuvo grandes repercusiones. Empezaron a aparecer obispos rodeados de una corte clerical. Después llegaron los monjes. Los misioneros afluyeron en un goteo constante. Llegamos así al siglo en el que se promulgan las primeras leyes contrarias a ciertas prácticas homosexuales, aunque la prohibición completa del amor entre personas del mismo sexo no se impondrá hasta el siglo vi.

Con la decadencia de las ciudades del Imperio romano empezó a crecer la animosidad contra las numerosas y muy diversas minorías que habían venido prosperando hasta entonces en el contexto urbano. Durante el reinado de Justiniano, el emperador bizantino del siglo vi, la sentencia que se aplicaba a la realización de actos sodomíticos era la castración de los dos miembros de la pareja, un castigo que en la práctica equivalía a la pena de muerte. Una de las leyes promulgadas en el año 538 d. C. advertía al pueblo de Constantinopla de que las relaciones homosexuales «provocaban la justa ira de Dios y no solo traían la destrucción de las ciudades, sino también la aniquilación de sus habitantes». Quienes así pontificaban podían alegar el ejemplo de Roma, pero también el del desmoronado Londres, que a principios del siglo v había quedado sumido en la indefensión.

La fecha de las primeras oleadas de sajones se ha situado en el arranque de ese mismo siglo. De acuerdo con el historiador Gildas, los pobladores de Inglaterra poseían una «lengua roja y salvaje». Las pruebas arqueológicas sugieren que la ciudad quedó totalmente dominada por los sajones a mediados del siglo vi, período en el que surge el asentamiento de Lundenwic, en la zona que hoy ocupa Covent Garden.

Los anglosajones (que en esencia eran una amalgama de jutos, anglos, frisios y sajones llegados en diferentes momentos

y a diversas regiones de Inglaterra) todavía no se habían convertido al cristianismo, de modo que conservaban sus tradiciones sexuales indígenas. Las descripciones romanas que se ocupan de referirnos sus inclinaciones homosexuales son tan similares a las crónicas que nos hablan de las características de las tribus celtas y germánicas que, a todos los efectos prácticos, los distintos protagonistas resultan indistinguibles unos de otros. Parece claro que el número de cosas que un hombre puede hacerle a otro, o lo que tienen ocasión de prodigarse mutuamente cuando se emparejan, es limitado, lo que explicaría que las costumbres sean tan parecidas. Pero no es menos cierto que los primitivos historiadores se contentaban muchas veces con repetir sin más lo que habían oído en alguna otra parte.

En cualquier caso, estamos en un mundo dominado por la soldadesca, inmerso en una atmósfera cultural densa e intensamente masculina. Los varones jóvenes de las clases aristocráticas se cubrían con túnicas de lino, ceñidas con fíbulas de oro a las muñecas y la cintura. Adornaban sus ropas con broches y otra clase de joyas. Tanto los hombres como las mujeres se teñían el pelo, y los tonos predilectos de los varones eran el azul, el verde y el naranja. Los primeros textos históricos aparecen salpicados de leyendas salaces. Se cuenta así que Mempricio, el quinto rey de los britanos, pereció devorado por una manada de lobos tras haberle cogido gusto a la sodomía.

Malgo, un rey sajón del siglo VI que también consintió en entregarse a la homosexualidad, o como dice el cronista, en cometer «un pecado contra natura», murió súbitamente en la bañera en el palacio de Winchester.

En las primeras recopilaciones de leyes anglosajonas no se mencionan las actividades entre personas del mismo sexo. En el código más antiguo, el de Adalberto de Kent, redactado a

principios del siglo VII, se castiga el bestialismo, la violación, el adulterio y el incesto, pero ni siquiera se alude a la homosexualidad. En el siglo IX, el rey Alfredo el Grande cita la Biblia para sostener, en función de lo que se dice en ella, la aplicación de la pena de muerte a los hombres que practican el coito con ovejas,* pero añade que en el libro cristiano no se establece sanción alguna para los hombres que se acuestan con otros hombres. Ni siquiera se considera delito.

Los varones sajones tenían una estatura y un peso superiores a sus contemporáneos romanos o celtas. Iban bien afeitados, pero era frecuente que lucieran un poblado bigote. Muchos de ellos llevaban el cabello casi rapado, ya que creían que ese corte de pelo les alargaba el rostro y les hacía parecer más fieros. Es muy posible que no se diferenciaban demasiado de los anglos y los jutos, que les habían acompañado en la expedición marítima que les había llevado hasta las costas inglesas, pero ¿eran más guapos en su juventud? Beda el Venerable refiere que en una ocasión en que el papa Gregorio Magno vio a un grupo de anglos jóvenes, puestos a la venta en un mercado de Roma, el pontífice comentó que tenían «un cutis muy fino, facciones correctas y hermosos cabellos». Se supone que el papa había exclamado: «*Non Angli, sed angeli!*». Sin embargo, es indudable que lo que el destino deparaba a aquellos querubines era la realización de un conjunto de tareas mucho más duras que las reservadas a un coro celestial. Más tarde, esta observación se utilizaría contra el propio Gregorio, aduciendo que constituía una indicación de que también él era un sodomita. Es como si hubiera dicho: «*Vincere non potest*»; es decir, «no puedo luchar contra mis inclinaciones».

* Éxodo, 22, 18: «Todo el que peque con bestia, morirá». (N. del T.)

En términos formales, el cristianismo no llegó a Inglaterra hasta el año 597, fecha en la que Agustín desembarcó en Thanet, aunque su intención original no consistía en convertir a los britanos, sino a los pueblos germánicos. La Iglesia no tardaría en oficiar a la manera de un instrumento de gobierno, dado que, entre otras cosas, las penitencias que imponía el clero cristiano constituían un ejemplo de severidad para quienes castigaban el pecado. Pese a que los códigos anglosajones no mencionen la homosexualidad, lo cierto es que en los documentos cristianos la práctica desempeña un papel muy relevante. En los penitenciales, es decir, en los libros que recogían las normas para la imposición de las expiaciones públicas, el castigo de la fornicación con otro hombre era una pena de cuatro años, aumentando a diez e incluso quince en caso de reincidencia. A un «sodomita», o «mollis» («suave», «blando» o «delicado»), le correspondía una sanción de siete años por el mero hecho de mostrar esos modales ante el mundo. Queda suficientemente claro, por tanto, que ya existía por entonces un grupo o comunidad de «queers» específicamente reconocible como tal, y que el conjunto de la sociedad les identificaba con una serie de denominaciones especiales. Uno de esos nombres era el de «baedling», que deriva de la palabra anglosajona empleada para designar a un muchacho o a un hombre afeminado. No obstante, también puede interpretarse que esa voz aludía a alguien que pasaba mucho tiempo en las termas. Algunos eruditos han sugerido que el adjetivo inglés «bad» encuentra su raíz en «baedling», lo que habría atribuido una significación moral de carácter universal a una particularidad sexual. Desde este mismo ángulo —el de las conjeturas sobre la etimología del vocabulario «queer»—, también se ha supuesto que «felón» procede de «fella-re», «chupar».

Otro códice (que guarda relación con Teodoro de Tarso, el arzobispo de Canterbury, y que fue escrito aproximadamente en la década de 670), expone el siguiente mandato: «si los mancebos fornicaren entre sí, él [Teodoro] dictamina que deberán ser apaleados». También se establece que a quien «derrame el semen en la boca se le imponga una penitencia de siete años, ya que es el peor mal». Si un muchacho mantenía relaciones sexuales con un hombre adulto que hubiera recibido las órdenes sagradas, debía ayunar durante tres períodos de cuarenta días cada uno. Al varón ordenado no se le imponía ningún castigo. Se consideraba que existía la posibilidad de que el mozo fuera quien había hecho caer en la tentación al clérigo, instándole a pecar, y, además, de esa forma se conseguía preservar la autoridad de las jerarquías en un entorno fundamentalmente masculino. También es posible que el período de ayuno contribuyera a limpiar al joven de los restos de la polución. Sin embargo, a pesar de parecer manifiestamente injusto, este estado de cosas permite resaltar lo diferente que era la sexualidad de la alta Edad Media de la actual. Uno de los apartados de esos libros penitenciales viene precedido de un grandilocuente título: «Tengamos ahora presente ante nosotros el decreto de nuestros padres relativo a los pecaminosos juguetes de los jóvenes».

En otro penitencial británico, compilado por Vinnian, también se alude a la felación. «Para aquellos que satisfacen sus deseos con los labios, tres años. Si se ha convertido en un hábito, siete años.» El texto también denuncia lo que denomina «*in terga fornicantes*», es decir, penetrar a otro hombre por detrás, pero deja el castigo a criterio del sacerdote confesor. En cualquier caso, queda meridianamente claro que los cánones del derecho cristiano no mostraron en ningún momento el más mínimo signo de tolerancia hacia los amoríos entre personas

del mismo sexo. Se trató siempre de una relación prohibida, aunque no se convertiría en un delito capital hasta el siglo xvi.

En los penitenciales también se advierte la presencia del amor homosexual entre mujeres. «Si una mujer mantuviere relaciones sexuales con otra mujer, deberá ayunar tres años.» En otro libro penitencial se aborda la utilización de una *machina* o instrumento, en lo que muy probablemente sea una referencia a algún tipo de consolador. Tanto si lo practican los hombres como si lo hacen las mujeres, el travestismo no se considera una transgresión sexual, pero se lo asocia con determinadas facetas de la brujería o de otras costumbres paganas. No es inhabitual que un cadáver masculino aparezca enterrado entre un conjunto de tesoros funerarios normalmente vinculados con el gusto femenino, fenómeno que ha llevado a algunos arqueólogos a ponderar la posibilidad de que entre los anglosajones existiese un «tercer género». Esto se correspondería con las pruebas relacionadas con personas de otras regiones del mundo, ya se trate de los *berdaches* de Dakota o de los danzarines del rito *buta* del sur de la India.* Las cuestiones relacionadas con los motivos y el momento en el que empezó a restringirse o a eliminarse esta diversidad sexual (si es que alguna vez se ha logrado semejante cosa) forman parte del relato de la cosmópolis rarit@.

Y si los hombres pueden ser ambiguos en materia de género, lo mismo les ocurre a las mujeres. Son muchos los relatos que nos hablan de la existencia de religiosas o de santas que se vestían, trabajaban y vivían como los varones. Se cortaban el

* El término *berdaches*, o «Dos Espíritus», designa entre algunos indígenas norteamericanos lo que en otras culturas se entiende efectivamente por tercer género. El *būta kōla* es un rito anual en el que se representa de manera ceremonial la encarnación popular de ciertas deidades, algunas de ellas andróginas, como Jumadi, que se representa con pechos de mujer, pero tiene rasgos masculinos y bigote. (N. del T.)

pelo, y ya se sabe que una larga cabellera es uno de los primeros signos de feminidad. Para resaltar su doble vocación masculina y confesional podían vestir los hábitos propios de los monjes. De este modo, renunciaban a su auténtica naturaleza con el objetivo de servir a Dios. Y en algunos casos no se descubría su condición femenina sino tras su fallecimiento.

Otro texto penitencial anglosajón hace referencia a un hombre casado que disfruta manteniendo relaciones sexuales con parejas masculinas. Poco después se menciona el caso de un agresivo varón conocido con el sobrenombre de *waepnedman* (la palabra «*waepned*» —por «*weaponed*»— sugiere connotaciones asociadas con las armas o las armaduras) que practicaba el coito con otros hombres tan masculinos como él. Podríamos decir, por tanto, que algunas de las características de la moderna existencia gay se encuentran ya presentes en el Londres de los siglos I y II. Términos como «*baedling*» o «*mollis*» también son indicativos de algún tipo de identidad sexual permanente, y desde luego forman parte de una subcultura que quizás encontrara ocasión de florecer en el Londres anglosajón, pese a la rigidez de la Iglesia. No obstante, tanto las connotaciones implícitas de la práctica como las explicaciones que se le daban eran muy distintas de las habituales en el siglo XXI. Es posible que las personas que participaban en esta clase de relaciones fueran consideradas «*rarity@s*» —en el sentido de comunidad que tiene hoy el término—, pero no podemos saberlo a ciencia cierta. Y en el fondo es algo que carece de importancia. La cuestión es que tanto la palabra «*queer*» como el concepto que hoy evocamos con ella eran cosas desconocidas.

En algunos libros penitenciales se estipulan castigos relativamente benignos. Las mujeres que practicaban el sexo entre sí debían hacer penitencia por espacio de ciento sesenta días, mien-

tras que los varones tenían que observar un año de ayunos y plegarias. Sin embargo, no puede hablarse en estos casos de un escarmiento propiamente dicho. Valga como ejemplo lo siguiente: un sacerdote que había salido a la caza de un enamorado tuvo que cumplir tres años de penitencia. Es probable que las actividades entre individuos del mismo sexo no se consideraran más reprecensibles que las relaciones extramatrimoniales. Y no cabe duda de que en este caso fue el clero el que se mostró favorable a la indulgencia. Es posible que los religiosos hallaran inspiración para este tipo de relaciones en algunos santos militares, como Juventino y Maximino, en cuya biografía el amor fraterno asoma tras la evidencia de la compenetración simisexual. Quizá se sintieran alentados a dar rienda suelta a su ternura en la propia Inglaterra, ya que, según dice san Bonifacio en el año 744, en esa isla la gente se «entregaba a la lujuria a la manera de las gentes de Sodoma». Alcuino, un clérigo inglés de la época, al que suele asociarse más con la ciudad de York que con la de Londres, se muestra extremadamente efusivo en una de las cartas que envía a otro hombre: dice desear lamerle el pecho y besarle los dedos de las manos y los pies. Hay quien ha sugerido que esta clase de expresiones eran parte de la tradición epistolar de esos años, pero las exclamaciones son tan vívidas que resulta difícil determinar dónde termina la costumbre y dónde empieza la pasión privada. Como observa Clive Staples Lewis en *The Allegory of Love*, escrita en 1936, «la emoción mundana más profunda de esta época es el amor del hombre por el hombre».

Esta es también la característica que destaca en los distintos invasores que irán conquistando y ocupando Londres en el transcurso de los siglos inmediatamente posteriores, de entre los que destacan los vikingos y los normandos. Hay dos

palabras del nórdico antiguo —«*ergi*» y «*argr*»— que transmiten de forma indirecta, al modo de las insinuaciones, una noción sombría o colérica del homoerotismo y la traición a la comunidad. El nórdico disponía de voces diferenciadas para designar tanto el rol activo como el pasivo de una relación homosexual, aunque, curiosamente, la persona que tomaba la decisión de elevar ante una autoridad equis una acusación de sodomía corría el peligro de quedar proscrita o de ser incluso sentenciada a muerte. El incidente propiamente dicho no se penalizaba. Es posible que los vikingos, que llevaban el mar en la sangre, mostraran la despreocupación sexual que se supone característica de los marinos. En sus sagas encontramos abundantes referencias al *koerleikr*, un término que podría traducirse como «amor entre varones».

Un compendio médico de principios del siglo XI habla de «una enfermedad que afecta al hombre que tiene costumbre de dejar que otros yazgan sobre él. Tiene un gran apetito sexual y una abundante cantidad de esperma, que no es liberado». El texto prosigue dando a «los hombres que se proponen curar a estas personas» las siguientes directrices: «su dolencia reside en su imaginación. No es natural. El único remedio consiste en acabar con su deseo mediante la pesadumbre, el hambre, el insomnio, la cárcel y la flagelación». Este es un ejemplo más de que, en materia de sexualidad, la condición pasiva se consideraba más inquietante y perjudicial que la activa. En este caso, la voz «pesadumbre» puede interpretarse como sinónimo de «seriedad» de carácter o «gravedad», lo que significa que se pensaba que la culpabilidad imputable a las personas *rarit@s* se debía, entre otras muchas cosas, a su frivolidad.

En el siglo XII, empezó a juzgarse que el amor homosexual era el vicio predominante entre los nobles, los príncipes y los

reyes normandos. ¿Cómo habría de ser de otro modo, tratándose de una casta militar basada en lealtades y amistades de naturaleza masculina? De hecho, los normandos se habían granjeado muy mala reputación debido a ese tipo de preferencias sexuales. Desde luego, es indudable que no resultaba difícil encontrar muchachos dispuestos a complacer las pasiones homoeróticas en los alrededores de las fortificaciones militares de la torre de Montfichet, el castillo de Baynard y las secciones surorientales de la muralla de Londres, a la que andando el tiempo acabaría conociéndose simplemente con el nombre de «la Torre».

Guillermo I el Conquistador no tenía esas preferencias sexuales, pero su hijo, Guillermo II (conocido también como Guillermo Rufo, por «rojo» o «bermejo»), sentía inclinación por las prácticas de Sodoma. No se casó, y tampoco tuvo descendencia, una circunstancia verdaderamente sorprendente en un rey. Por regla general, hasta los monarcas que detestaban a sus esposas cumplían su papel y daban continuidad al linaje. Guillermo Rufo, por el contrario, se rodeó de lo que los cronistas llaman «afeminados», con su pasito corto y sus ropajes amplios y estrafalarios. A sus amigos les encantaban las telas suaves y las camas bien mullidas. Vestían camisas ceñidas y se cubrían con túnicas. Calzaban zapatos de punta aguzada. Llevaban el pelo largo y suelto, con una blanda cascada de tirabuzones cayéndoles sobre los hombros y adornada a veces con cintas de colores. Era habitual moldear el cabello con tenacillas, tal como habría de suceder más tarde, durante el reinado de Juan sin Tierra. El historiador inglés Guillermo de Malmesbury comenta que era muy frecuente que los jóvenes se mostraran completamente desnudos en grupo y que compitieran entre sí con el ánimo de determinar quién tenía la piel más suave, añadiendo

poco después que «abrían las piernas con gesto licencioso». Se decía que las lámparas de la corte se apagaban por las noches para que los pecados sexuales pudiesen cometerse al amparo de la oscuridad. No obstante, existe otra explicación posible. Si se llamaba «afeminados» a los chicos que se hallaban en la flor de la edad, tal vez fuera porque amaban en exceso a las mujeres, dado que ese era uno de los sentidos que podía adoptar el término. Y también se ha sugerido que, en realidad, las alusiones a la homosexualidad de los normandos formaban parte de la propaganda contra ellos, debida a su condición de dominadores. En ningún momento ha de perderse de vista esta advertencia.

Con todo, mucha gente juzgaba que aquellos comportamientos constituían un desafortunado ejemplo para los súbditos del rey, así que los clérigos anglonormandos, acaso más vigorosos o valientes, no dejaban de criticar duramente esa práctica. Anselmo, que en 1093 fue nombrado arzobispo de Canterbury, predicaba contra la tradición de los varones de la corte, aficionados a dejarse la melena, y acabó solicitando a Guillermo II que convocara una conferencia para abordar los males de que adolecía su reino y tratar en particular «del vergonzosísimo delito de la sodomía». Sin embargo, el rey ordenó al arzobispo que jamás volviera a mencionar el asunto. En cualquier caso, los esfuerzos de la Iglesia no tuvieron la menor trascendencia. Eadmero, el biógrafo de Anselmo, señala que los cabellos largos se pusieron tan rabiosamente de moda que a los cortesanos que los llevaban cortos se les tildaba de «paletos» e incluso de «prestes» (es decir, «sacerdotes»). Surgió así una pregunta: Si una persona no sigue las prácticas habituales de los cortesanos, ¿qué demonios pinta en la corte?

Se decía que, tras la llegada de los normandos, la homosexualidad se había propagado por Inglaterra como el almíbar en

el agua. La mayoría de la gente consideraba que se trataba de un fenómeno urbano, y algunos monasterios londinenses, como los de Bermondsey, Aldgate, Clerkenwell, Shoreditch,* Cornhill, Holborn y Cripplegate, revelaron no estar inmunizados contra la proliferación de la costumbre. El ejemplo cundió incluso en el lejano Yorkshire, donde el abate de Rievaulx permitía que los monjes de su institución se cogieran de la mano en señal de afecto. La idea encontraba fundamento y modelo en el intenso amor de David por Jonatán, reflejado en una elegía en la que el rey de Israel le dedica estas palabras: «hermano mío, en extremo querido, más delicioso para mí tu amor que el amor de las mujeres». ¿No es lógico pensar que las cosas debían de ser todavía peores en el propio Londres, centro insaciable de pecado? Un manuscrito del siglo XI nos muestra a un grupo de sodomitas, amontonados unos sobre otros, y mirándose a la cara con intensa fijeza. Guillermo Rufo fundó en Londres un buen número de monasterios en los que se consentía que los hombres jóvenes se mezclaran con muchachitos. Puede que la sodomía no fuera la causa de su reunión, pero desde luego sí que fue su consecuencia. Topamos así con el nombre de un tal Robert Badding, cuyo apellido (por asociación fonética con *baedling*) parece indicarnos que se trataba de un hombre afeminado. Pero su caso no es en modo alguno único.

Sea como fuere, lo cierto es que no faltan bromas ni insinuaciones que hablan de la presencia de «sucios catamitas», «asquerosos Ganímedes», «afeminados» y «pedazo sodomitas». La gente siempre optaba por ponerse en lo peor. Cuando camina-

* Barrio londinense en el que hubo una casa de monjas agustinas, el «priorato de Holywell», citado en el Índice de nombres, cuyo nombre procede del manantial sagrado original junto al que se fundó el monasterio. (*N. del T.*)

ban por las calles, tanto los monjes como su séquito de alumnos y novicios se exponían a recibir comentarios hirientes. San Bernardo de Claraval se llevó a la cama a un muchacho tullido. Se suponía que iba a obrar un milagro, pero no ocurrió nada parecido. El cronista Gualterio Map señala que Bernardo «se convirtió entonces en el más desgraciado de los monjes, puesto que ya había oído yo antes que un monje viniera a yacer sobre un jovencito, pero lo cierto es que al alzarse el monje siempre se había alzado con él el efebo». Todo el mundo coincidía en que los monjes se entregaban habitualmente a esas prácticas. De hecho, si no lo hacían es probable que tuvieran algún problema. Y cuando las relaciones homosexuales se revelan habituales o convenientes en un grupo o institución social en particular, los resultados están cantados.

En el año 1120, un barco en el que viajaba el único hijo y heredero de Enrique I de Inglaterra, Guillermo Adelin, zozobró en unos escollos a medio camino entre Francia y los acantilados de Albión, salvándose solo dos personas. Y el consenso universal determinó que la causa del naufragio debía atribuirse sin vacilación al número de cortesanos sodomitas que iban a bordo de la nave.